

nar repitiendo maquinalmente: la perla... la perla... sí la perla.

Después, como si hubiera penetrado en su mente un rayo de luz, levantó el rostro y volviéndose al joven que esperaba con impaciencia una respuesta, díjole con aire triunfante:—

Ya es tiempo perdido

Buscarla en la corte;

¡La miro en el norte,

La miro brillar!

Princesa arrogante,

De estirpe guerrera,

La halló en la ribera

Del pérfido mar;

Y osténtala ufana

Del labio pendiente,

Con garbo inocente

Que provoca á amar.

Partid, caballero,

Partid de la corte

Que miro en el norte

La perla brillar.

—Pero vos me haceis desesperar, buena mujer. . . ¿será posible! . . . en el norte. . . ¡bien! pero ¿en dónde? en qué país? . . . ¿esto es muy vago! Esplícaos algo más.

Y el desdichado D. Lope al pronunciar estas palabras estrechaba entre sus manos con espresion un si es no es afectuosa los descarnados dedos de aquella especie de sibila que habia escapado por milagro de la garra de la Inquisicion.

Mas la mujer permaneció muda.

Viendo el joven que el oráculo no se dignaba ya proferir ni una sílaba, puso un bolsillo con oro sobre el asiento que ocupaba y salió precipitadamente del albergue, conducido hasta el zaguán por la muchacha que le habia hablado desde la ventana al entrar.

IX.

--Ya no mas que este absurdo me faltaba cometer en mi malaventurada carrera de amores para tener la gloria de haber-

los cometido todos: ¡Vaya con el mozo de seso! . . . ¡Cómo quiso mi mala estrella que viniese á dar á manos de esta bruja ruin! . . . ¡Y vamos que se reviste de toda la magestad de una pitonisa! . . . aire inspirado. . . respuestas en verso. . . poca precision en los conceptos. . . manía de todos los embusteros de su clase. . . ¡Pero y si la Providencia ha querido darme un aviso por medio de esta mujer! . . . ¡Volveré á suplicarle que se dé á entender conmigo con mas claridad? Pero ¿y si es inútil? ¡Y si ella misma no sabe acerca de la perla mas de lo que me espetó en sus mal forjadas coplas! . . . “La miro en el norte” ¿así podia estarla viendo toda su negra vida! . . . ¡A qué tierra del norte os dirigís á buscarla? . . . Pero aguardo. . . ¿no es cierto que las nuevas provincias que llaman Californias se están haciendo famosas por las ricas perlas de los mares que las bañan! . . . Cabal: la bruja tiene sobrada razon. Pero vamos á que nos coma vivos un bárbaro chichimeco. . . En fin, ya veremos.

Tal fue el soliloquio de nuestro D. Lope después de salir de la casa de la sibila.

Llegó á su morada; entregóse á sus habituales ocupaciones; pensó en su suerte, soñó y deliró con el objeto de sus desvelos; en una palabra, su vida siguió el cauce acostumbrado; pero él desapareció de la ciudad después de algunos dias, sin que nadie pudiese dar noticia de su paradero.

X.

Hacia este tiempo se embarcaba en Acapulco la colonia que después se estableció en la Paz.

Luego que arribó al puerto de este nombre, mientras los franciscanos con parte de los soldados se dedicaron á construir habitaciones, el capitán Vizcaino á la cabeza de la otra parte siguió explorando la tierra, internándose hasta cien leguas de distancia. Al mismo tiempo hizo salir del puerto un navío á reconocer la costa que se dilata hacia el noroeste, previniendo á los que en él iban que no desembarcaran sino en los lugares donde viesan á los indios dispuestos á recibirlos amigablemente.

Hicieronlo así, pero su expedicion fue desgraciada, porque habiendo saltado á tierra una vez durante la navegacion, fueron acometidos por los bárbaros, perdiendo en el encuentro unos

diez y nueve soldados, si bien hay quien atribuya este desastre á que estos mataron á cuatro de los primeros. No habiendo descubierto sino tierras estériles, volviéronse á la Paz, donde ya estaba de regreso Vizcaino, que habia sido mas afortunado en su correría.

Pero comenzaron á escasear los víveres, y los soldados á mostrarse descontentos y aun impacientes por volver a Méjico.

Habia entre estos uno cuyo porte adusto y sombrío le alejaba las simpatías de sus camaradas, si bien él los miraba á todos con el desdén de un hombre que acoge con igual ánimo así la amistad como los odios de sus semejantes. Huía de las conversaciones; á ninguno descubria su verdadero nombre; unos le creían loco, otros desgraciado, y no faltaba quien le tuviese por algun criminal de alta clase, prófugo por no dar en manos de la justicia. Pero él se desentendia de todos los comentarios que podian hacerse acerca de su persona, y no variaba de conducta, porque tampoco estaba en su mano.

Paseando una tarde este soldado por la playa y espaciándose en la contemplacion del océano, vió á corta distancia á una india que venia magestuosamente sentada en una piragua conducida por algunas remeras de gallarda figura. Era la hija del jefe de los naturales que habian dado hospitalidad á los españoles.

El soldado la observó con ahinco, y quedó admirado del gentil continente de la misma cuando al desembarcar le saludó con una modesta sonrisa, y precedida de las muchachas que antes remaban, se encaminó al aduar de su tribu. Siguióla un momento con la vista, y dando despues un grito que en vano procuró sofocar, echó á andar desaladamente tras ella hablando consigo mismo:

—Algo que luce á modo de perla he visto pendiente de su labio. . . ¿será verdad? . . . ¿habrá llegado el instante de conocer que no se equivocaba la vieja de marras? Sigamos á la india:

Princesa arrogante

De estirpe guerrera. . .

—¡Caball! . . . ¡Oh dicha! ha vuelto el rostro para verme y ¡no hay duda! lleva la perla tan ansiada. . .

El militar apresura el paso; habla á la jóven; pídele la joya; niégasela ella; insiste él en su pedido, y por fin se la quita por

fuerza, dando lugar con este atentado á que los indios se subleven y no dejen á los colonos mas partido que el de embarcarse apresuradamente y tomar el rumbo de Acapulco.

Buscaron estos con todo empeño al autor de la violencia, al soldado misterioso, pero habia desaparecido poco tiempo antes de que se descubriese su delito.

XI.

—¡D. Lope se casa!

—D. Lope obtiene lo que tantos otros mozos pretendieron en balde, la mano de la hermosa, de la sin par D^a Elvira.

—¿Y por qué ha estado ausente tanto tiempo?

—Se dice que fué á España á recibir una cuantiosa herencia.

—Bien! y cuándo es la boda?

—Muy pronto, segun se barrunta por ahí.

Tal era con corta diferencia el resúmen del diálogo que entablaban los amigos de Elvira dos meses despues del suceso poco hace referido, con ocasion de haberse presentado el jóven juicioso en la casa de aquella, tan enamorado, tan rendido como siempre, á pedir en toda forma la mano de la ninfa.

El desvío, los desdenes habian desaparecido como por encanto. ¿Quién podia esplicar esta mudanza? ¿Poseía el jóven la costosa perla, cuya entrega á D^a Elvira seria premiada con la posesion de esta?

No cabe duda, atento el carácter de la dama, que esta era la única esplicacion que podia darse de aquel fenómeno.

Pero hay mas.

Don Lope tuvo una entrevista á solas con su amada.

—Al fin os dejais ver en la corte despues de una ausencia de tantos meses; ¿habeis caminado mucho, D. Lope? Supongo que ya habreis tomado estado, ¿no es así? ¿cuál es el nombre de vuestra esposa? En punto á hermosura, doy por supuesto que ha de ser un prodigio, aunque no soliais tener en esta parte muy esquisito gusto. Pero creo no llevareis á mal que os pida por favor que nos veamos ella y yo en casa para conocernos, y espero que seremos buenas amigas; ¿ó pensais de otro modo?

He aquí las palabras con que la dama recibió al galan y de las cuales no se prometió este ningun buen resultado.

—¡Oh señora! sois muy cruel con quien tanto os ama, y que

no ha dejado pasar un solo instante de su vida sin consagrárselo!

Al hablar así D. Lope sacaba del bolsillo un cofrecito de nácar, y poniéndolo en manos de la hermosa, siguió diciendo:

--Ved aquí la única respuesta que debo dar á las expresiones con que no ha mucho me habeis zaherido: ¡abridlo! ... ¿Os causa sorpresa? ¿Es la misma joya que perdisteis y que tantas lágrimas costó á vuestros hermosos ojos?

La jóven quedó mirando atónita el interior del cofrecito, donde lucia una perla maravillosa. Entre tanto ambos interlocutores guardaron profundo silencio.

--Sabeis amar, D. Lope, estoy convencida, dijo la dama despues de un minuto. La perla de que os hablé hace meses, y que dió motivo á vuestro viaje, no ha existido mas que en mi fantasía: he querido probaros, y no me arrepiento. Ahora disponed de mí á vuestro albedrío; y en cuanto á la perla que me ofreceis, tiene ya mejor destino, mejor dueño: el primer día despues de nuestra boda iremos al Santuario de los Remedios y la pondremos en la corona ó en el manto de la Virgen: ¿os parece bien?

XII.

Dias despues acaecian en Méjico simultáneamente dos hechos que llamaron la atencion de una manera particular; fue uno de ellos el matrimonio de D. Lope, y el otro la llegada de los soldados que habian salido para Californias al mando del capitan Vizcaino.

Toda la ciudad se conmovió al saber el hecho que apresuró la venida de los espedicionarios, y fue la causa porque se perdió la colonia de la Paz.

Misioneros y soldados no cesaban de repetir en todas las conversaciones sobre este particular:--"por una perla se perdió un tesoro."

Solo D. Lope, que no daba tanta importancia á las lamentaciones, repetia á su vez estampando un ósculo en la mano de su esposa:--No lo niego, vida mia: soy culpable, pues conocí todas las consecuencias de mi accion; pero me consuelo con esta idea, que si por una perla se perdió un tesoro, por esa misma perla he ganado otro.

XVII.

OBRAS DE PUBLICA UTILIDAD.

Volviendo á los religiosos de S. Francisco, bien pudiéramos aumentar el catálogo de los que prestaron eminentes servicios á nuestro país en las misiones, ya poniendo un dique al furor de los salvajes, sin mas armas que un Crucifijo, ya descubriendo nuevas tierras á cuyos moradores se atraian no menos por la enseñanza evangélica que por los beneficios de la civilizacion, y ya finalmente, dando impulso á los adelantos del ingenio mediante la iniciacion en las artes y las ciencias.

Con mucha generalidad se da por cierto que nuestros primeros religiosos vivian tranquilamente en sus monasterios, como los que conocimos en estos tiempos; este es un error: la base ó mas bien el espíritu, el alma de aquella sociedad, era la vida activa, y los frailes la observaban en gran manera laboriosa y fecunda en resultados magníficos. Díganlo las tareas literarias á que se consagraban con ardor, y cuyos monumentos conservamos con cariño; dígalos la instruccion que adquirian los párvulos en las escuelas dirigidas por ellos en todas las poblaciones donde se establecian; y díganlo tambien las lecciones prácticas de agricultura que dieron á los naturales, conforme á las cuales cultivan estos hasta el día la tierra, y tantas obras materiales que para bien de los mejicanos de su tiempo y de la posteridad hicieron construir ó ejecutaron ellos á veces con sus propias manos. No entraremos en el estudio de la vida de todos los religiosos á quienes somos deudores de estos bienes; pero, ¿cómo